

ORFA LO IRREDUCTIBLE VS. THANATOS LO IRRESISTIBLE. MUERTE Y SOBREVIVENCIA EN EL PENSAMIENTO DE SANDOR FERENCZI.

Gianni Guasto

Contrariamente a cuanto se piensa comúnmente, Ferenczi fue mucho más que un “adalid de la técnica”; esto se puede sostener pues, como afirma José Jiménez Avello (2012), es posible a partir de sus innovaciones técnicas progresar -avanzado hacia atrás- a concepciones metapsicológicas que difieren significativamente de la tradición clásica.

Además, como sabemos, cada aporte del pensamiento que Ferenczi produjo en tanto parciales divergencias de las ideas de Freud estuvo acompañada de fuertes tensiones emocionales tanto por lado como por el otro, así como de la abierta hostilidad del grupo de berlineses que, dentro del Comité Secreto, resistían particularmente los trabajos de Ferenczi y Rank, intentando constantemente poner a Freud de su lado.

De hecho, si revisamos los pasajes epistolarios entre Freud y Ferenczi escritos en coincidencia con la publicación de las obras de este último, que mayormente divergen del pensamiento de Freud, apreciamos que, hasta el final, cada innovación de Ferenczi estuvo acompañada por declaraciones de adhesión al pensamiento del Fundador, incluso un poco exageradamente; mientras que por parte de Freud, el respaldo a los descubrimientos del alumno predilecto fue siempre diplomáticamente concedido, incluso a veces de manera evidente forzada. Un ejemplo de esto son los eventos que, en 1924, acompañaron la publicación de “Perspectivas de desarrollo del psicoanálisis”, escrito juntamente con Rank (Accerboni Pavanello 2001).

De toda la producción ferencziana, la obra en la cual el autor se abandona más libremente a la controversia abierta con Freud y a la exposición de sus descubrimientos y convicciones más polémicas es, sin duda, el *Diario Clínico*, que además de ser, como afirma Franco Borgogno (1999), “una larga y amargada carta escrita en alemán para Freud” (p. 205), es también una “prueba de autor” escrita en el refugio de algunos formidables resguardos: la forma de las notas, por su naturaleza provisoria y aún no listas para ser publicadas, la distancia también emocional “de” -más que “desde”- Freud, y la muerte, sentida como inminente; la misma que quita el velo de la modestia y aumenta la urgencia febril de lo que aún no se ha dicho, y que al mismo tiempo, proporciona un estado de protección de “extraterritorialidad”, similar a lo que le sucedió a Copérnico, quien publicó su *De Revolutionibus Orbium Coelestium* un año antes de su muerte, cuando ya se sentía a cubierto de las predecibles reacciones de la Inquisición.

Entre los numerosos argumentos que atraviesan este trabajo magmático y extraordinario, el tema de la sobrevivencia en situaciones extremas es uno de los que más me han interesado. Me gustaría, por lo tanto, intentar volver sobre algunos pasos significativos, identificando de vez en cuando el destino de aquello que el Yo resiste a las angustias más destructivas y las más pequeñas fragmentaciones de aquello que resulta a propósito de la “supervivencia”. El uso de este término no puede ser, en la perspectiva de Ferenczi, ambiguo, porque el rango de las variaciones en ellas incluidas también, paradójicamente, incluye la muerte, como último recurso para escapar de la agresión y la aniquilación.

Pero si la lectura del *Diario Clínico* propone, en sus pasajes más dramáticos, la idea de una irreductible voluntad de sobrevivencia, de alguna manera conectada a una animalidad filogenética muy antigua, entonces es obligatorio recordar la contribución de Freud en una de sus formulaciones teóricas más controvertidas,

más difíciles -por reconocimiento del mismo autor- de sostener y, al mismo tiempo, más celosamente defendida hasta el final: la teoría de la “pulsión de muerte”.

Thanatos lo irresistible

Las ideas de Freud sobre la “pulsión de muerte” son bastante conocidas porque sobre ella debemos referirnos en muchas ocasiones: la teoría nace en el ámbito del dualismo pulsional que originalmente enfrentaba a las pulsiones del Yo de aquellas sexuales, cuya formulación completa recibe una pulsión fundamental de los estudios sobre el Narcisismo (Freud 1914), que descubre la libido surgida también entre las pulsiones que el Yo dirige hacia sí mismo, a diferencia de aquellas que dirige al Objeto. Desde entonces, a pesar de las dificultades de la formulación teórica reconocidas por el propio Freud, a partir de *Más allá del Principio del Placer* (1920), al *Eros* le viene definitivamente contrapuesto el Thanatos, que representa la tendencia fundamental de todo ser vivo a regresar al estado inorgánico, y que se expresaría visiblemente¹ en la compulsión de la repetición.

Si la idea de la pulsión de muerte fue fuertemente mantenida por Freud a pesar de sus propias dudas, ella se convirtió en una piedra angular de la construcción teórica y clínica de la escuela kleiniana. Como consecuencia de ello, el énfasis en la transferencia negativa y su predominio interpretativo generalizado parece haber asumido proporciones tales que abruman cualquier atención moderada a la relación real entre analista y paciente, y a las influencias ambientales que dan lugar a los conflictos neuróticos.

Y si aquello que Freud, en *Más allá del principio del placer* (1920, pág. 213 y sig.), había por lo menos descrito como la barrera anti-estímulo que sería un recurso de una hipotética vesícula viva acometida por dos fuentes agresivas: una externa y otra interna, mientras que, en el pensamiento de Melanie Klein y sus seguidores, la función patógena o traumatogénica del ambiente no sería nunca tomada en consideración. En tal sistema teórico, de hecho, la función materna no parece ser una variable significativa para un Yo precoz que hace todo por sí mismo: percibe, escinde, proyecta, ataca al objeto dañándolo, se siente perseguido por sus propias proyecciones, se deprime, repara. Y la energía propulsora de tanta hostilidad desplegada siempre y constantemente se deriva del interior de la vesícula, que ahora se ha convertido en un infante: debido a su avidez y luego de su envidia; y nunca desde el entorno externo.

Por experiencia personal puedo decir que me ha resultado difícil conservar la orientación kleiniana introyectada en los orígenes de mi proceso formativo; esta orientación fue puesta a prueba de hecho por una larga experiencia de trabajo en un servicio público de psiquiatría para menores de edad, donde me vi obligado a enfrentar a madres alcohólicas, con privaciones severas o afectadas de unas severas depresiones *postparto*, y con padres violentos y perversos, y sexualmente agresivo, debiendo así constatar presencialmente la innegable función traumatogénica del ambiente.

La pulsión de muerte entre Freud y Ferenczi

Según Jiménez Avello (2006, pp. 83-84), en relación con la clásica teoría pulsional, la metapsicología que surge del trabajo de Ferenczi se funda en una diferencia básica que concierne a la propia pulsión de muerte.

Que el entusiasmo de Ferenczi por el *Todestrieb* era escaso ya en 1913, lo conocemos ya de los escritos de Lou Andreas von Salomé, en un pasaje que hace referencia a un trabajo común realizado durante los días 10 y 11 de septiembre de 1913. Refiriéndose a Ferenczi, von Salomé escribe:

“Sus trabajos [...] no se entrecruzan con aquellos de Freud, pero precisamente porque no le gusta mucho Freud (quien recientemente escribió en sus notas diarias: “una nueva noche gastada filosofando -naturalmente inducida por Ferenczi”). Ferenczi -continúa el autor- ha sufrido desde niño de un escaso reconocimiento de su desempeño, lo que ha perturbado su diligencia: y ahora, junto con sus publicaciones, estas obras más relacionadas con auténticas experiencias espirituales van explicando de alguna forma secreta, porque “no es apreciada”. Es interesante notar cómo, incluso mientras trabaja,

él mismo trata de evitarlos² -aunque está apasionadamente dispuesto a hacerlo. [...] Todo aquello que Ferenczi en sus opiniones llama la “tendencia de muerte” también puede ser llamado “tendencia de la vida”, sin que el concepto se modifique mínimamente, si no fuera por el punto de vista persona”. (Andreas-Salomé 1958, p. 188).

Con el paso del tiempo, Ferenczi estará cada vez más lejos de sostener la primacía del impulso de muerte, hasta el punto de que en “Thalassa” (1924) llegará a escribir:

Pero quizás ni siquiera existe la muerte “absoluta”. Probablemente incluso la materia inorgánica oculta en sí misma gérmenes de vida y tendencias regresivas. [...] Entonces deberíamos abandonar de una vez por todas el problema del principio y fin de la vida e imaginarnos todo el universo, orgánico e inorgánico, como una oscilación eterna entre pulsiones de vida y pulsiones de muerte, donde ni la vida ni la muerte lograrían nunca establecer una hegemonía definitiva “(Ferenczi 1924, p. 301)

“El instinto de muerte, un error”

Según Jiménez Avello (2006, p. 84), esta reserva silenciosa en Ferenczi se revelará abiertamente solo en el *Diario Clínico*, en términos que parecen rastrear el origen de la teoría a factores subjetivos que pertenecen a Freud: “La idea de la pulsión de muerte va demasiado lejos, y está teñida de sadismo” (Ferenczi 1932b, pp. 303-304). Y en una pequeña nota cuya fecha es desconocida, declarará categóricamente: “*Nothing but life-instinct. Death-instinct a mistake (pessimistic)*”³.

Por otro lado, la creciente divergencia de opiniones entre Freud y Ferenczi sobre el tema se despliega también en otro escenario. Citando a Ilse Barande (1975), Jiménez Avello plantea la hipótesis de que existe una correspondencia entre la teorización de *Todestrieb*, indicada en “Más allá del principio del placer” como la causa de demasiados fracasos terapéuticos, y los intentos de Ferenczi en la búsqueda de continuas innovaciones técnicas, entendidos como la negativa a reconocer la primacía de Thanatos.

La pulsión de muerte como resultado de un ser mal cuidado.

Siguiendo esta tendencia, en la visión de Ferenczi, la pulsión de muerte adquiere cada vez menos las características de un elemento innato y estructural del psiquismo, para convertirse en un “accidente” con características humanamente “históricas”, y de hecho cada vez más “relacionales”. En “*El niño mal recibido y su impulso de muerte*” (1929), de hecho, escribe:

“... Existía la tendencia a pensar que en los individuos que acaban de llegar a la vida, los impulsos de este tipo eran más importantes debido al impresionante empuje del crecimiento; en general, se tendía a representar los impulsos de muerte y de vida como simples series complementarias, en las que el máximo de vida debía corresponder a su inicio y el punto cero a la edad avanzada. [...] al inicio de la vida intra y extrauterina, los órganos y sus funciones se dilatan con una abundancia y una rapidez sorprendentes, pero sólo en condiciones particularmente favorables de protección del embrión y del niño”. [...] “De lo contrario, los impulsos destructivos entran prontamente en acción. [...] El infante está mucho más cerca de la no existencia individual que el adulto, que está separado de la experiencia de la vida. Deslizarse hacia atrás, hacia la inexistencia, podría ser mucho más fácil para los niños” (Ferenczi 1929, pp. 47-48).

Como se puede ver, desde la sensibilidad de Ferenczi, la pulsión de muerte termina por asumir una dimensión relacional. De acuerdo con esta perspectiva, el Yo es también, en un sentido no solo metafórico, el Otro, porque la voluntad de vivir del sujeto está colocada en gran medida en la mente de la madre, junto con otras tantas funciones y contenidos asignados temporalmente en ella. Esto nos proyecta una luz

diferente sobre la relación “simbiótica” entre la madre y el hijo, muy a menudo y con demasiada facilidad acusada de patogenicidad, como si lo “uno”, en lugar del incubar, siempre fuera un enemigo de lo “dual”, y un obstáculo peligroso para la individuación.

La mente externa

Eso de un espacio externo a la mente del sujeto en el cual se encuentran los componentes afectivos y cognitivos de constitución que luego serán introyectados, sean tanto pensamientos como emociones intolerables, es una idea que encuentra en el pensamiento de Ferenczi una raíz importante, que concierne sobre todo al campo del grave sufrimiento postraumático.

En la nota del 24 de enero (“*Sugestión, Amedrentamiento, Imposición de una Voluntad Ajena*”, Ferenczi (1932b, pp. 66-69), hablando de la voluntad de la víctima de violencia, doblegada y sometida pero no del todo subyugada, escribe:

“La voluntad reprimida, es decir, doblegada por la fuerza, se encuentra fuera de sí misma [...]. La voluntad propia se encuentra en algún lugar “irreal” en el sentido físico (p. 66), [...] esta voluntad que se siente íntegra, y que ningún poder puede aniquilar, está fuera de la persona [forzada por la fuerza e impuesta violentamente] que continúa negando, debido a esta división, que sea ella la que hace las acciones “(p. 67).

En este pasaje, Ferenczi trata el tema de lo que llamamos “disociación” o “escisión vertical”, para distinguirlo del concepto de “supresión”, que sería una especie de “escisión horizontal”.

El aspecto que más me interesa abordar a este respecto es el hecho de que Ferenczi parece describir el establecimiento de un espacio mental externo, una especie de *memoria de respaldo* útil para almacenar contenidos mentales que no pueden ser procesados por diferentes motivos por esa “unidad central” que es el Yo consciente.

Esto ocurre normalmente durante la primera infancia, cuando muchos contenidos mentales y muchos procesos necesarios para la autoconservación se delegan en la mente del *cuidador*.

Si observamos las funciones de protección, por ejemplo, debemos admitir que ellas “no viven”, si no en una pequeña parte, en la mente del niño que, no solo en la especie humana, está totalmente sujeto, en condiciones óptimas, a la vigilancia y protección de al menos un adulto.

La función protectora del espacio mental externo puede ser reutilizada, por lo tanto, en condiciones de necesidad, y precisamente cuando la supervivencia está amenazada. En tales circunstancias, este espacio puede actuar como un contenedor de pensamientos y recuerdos inaceptables inherentes a amenazas mortales provenientes del exterior, o de pensamientos y recuerdos que deben mantenerse separados del sí mismo para poder ser controlados.

La mente externa es, por lo tanto, originalmente el espacio de protección, similar al cuerpo materno sobre el cual corre el joven primate que explora el territorio, sintiéndose dividido entre la necesidad biológica de autonomía y la angustia de encontrarse con un depredador. Será el cuerpo de la madre la “base segura” (Bowlby 1988) a la cual volverá a la mínima señal de alarma. Siguiendo el modelo sugerido por John Bowlby, en otro lugar sugerí la hipótesis (Guasto 2013, p. 3) que aquello de lo cual hemos sido privados debido a la intrusión extractiva causada por un trauma extremo es la “confianza básica” (*basic trust*), cuya pérdida es testimoniada por ese sentido de obscena desnudez, en primer lugar psicológica, experimentada por las víctimas del exterminio frente a sus verdugos: los “Hundidos” de quien nos habla Primo Levi (1987) están privados de todo porque ellos se les ha representado burlescamente, la ausencia de cualquier posibilidad de escapar del horror.

La experiencia agónica

En una breve nota publicada póstumamente, Ferenczi (1934, 1994) describe la “conmoción psíquica” (*erschütterung*, shock), que “es equivalente a la aniquilación de la consciencia de sí, de la capacidad de resistir, actuar y pensar en defensa del propio Ser”. (ibid., p 101).

Se trata de un proceso en el cual el sujeto está involucrado en su totalidad: “probablemente, también los órganos que garantizan la preservación del Ser -afirma- renuncian a su función o la reducen al mínimo” (ibid., p. 101).

La reacción del sujeto frente a la experiencia de su propia aniquilación (no inminente, pero incluso ya en existencia) tiene como objetivo ante todo modificar la situación, ciertamente no apoyarla; pero este segundo evento también puede ocurrir porque lo repentino de la emoción psíquica causa un dolor intolerable que, sin embargo, ya no se puede evitar.

Según Ferenczi, las posibilidades de sufrir un dolor extremo son dos: la solución aloplástica que modifica las condiciones externas del yo que constituyen un peligro (por ejemplo, al poner al agresor en una posición para que no dañe); o la solución autoplástica que actúa sobre el sujeto mismo, sustrayéndolo, de manera real o imaginaria, de la amenaza.

En los casos en que no es físicamente posible eliminar o mantener el peligro a distancia, el sujeto intenta modificarse a sí mismo a través de una solución autoplástica que hace uso de la división de partes del Yo hasta la fragmentación, y luego a la identificación con el agresor, e incluso a formas más o menos completas de autodestrucción.

Etapas de la disociación: desorientación y miedo a volverse loco.

Esta última solución, que tiene el propósito de liberarse de la angustia, se realiza gradualmente, ya que la unidad del cuerpo no sigue el impulso autodestructivo con la misma facilidad. Por lo tanto, será la conciencia la que primero pierda su cohesión, dando lugar a un efecto de “desorientación” (Ferenczi 1934 1994, p.102).

Como sustituto de la autodestrucción, la desorientación tiene la ventaja de intervenir de inmediato y prevenir o limitar la percepción del sufrimiento, en particular, de la moral, o encontrar nuevas fuentes de satisfacción del deseo, a partir de los fragmentos que quedan de la pérdida de cohesión.

Como consecuencia de esto, la angustia traumática puede convertirse en “miedo a volverse loco” (ibid., P.103).

Así, la manía de la persecución se convierte en una forma de protección de los ataques externos que prevalecen sobre la angustia del peligro.

Etapas de la disociación: introyección del perseguidor y paranoia.

Visto desde una perspectiva ferencziana, la manía de persecución es parte de los fenómenos introyectivos que resultan del conflicto extremo entre un sujeto y un agente agresor externo que ejerce una presión abrumadora: una “intropresión” (Ferenczi 1920-1932, pág. 264), con el cual el sujeto se ve obligado a llegar a un acuerdo, incorporando al mismo agresor que, de esta manera, “desaparece como una realidad externa y se convierte en intrapsíquico” (Ferenczi, 1932a, p. 96). En respuesta a la acción intropresiva, la introyección del agresor representa, por lo tanto, un intento de controlar, a modo de incorporación, la fuente del sufrimiento, en la delirante fantasía de poder guiarlo.

El tema es de gran interés científico porque se refiere a las consideraciones planteadas por el caso Schreber (que también fue el tema de la primera tensión real entre Freud y Ferenczi en el momento del episodio conocido como el “accidente de Palermo”⁴), y de la abundante literatura que sobre ello se ha seguido, para determinar cuáles fueron las relaciones familiares del juez Schreber, cuyo trabajo autobiográfico fue estudiado por Freud y se convirtió en el tema de un famoso ensayo sobre la paranoia.

También el Ferenczi de los comienzos estaba totalmente, hasta donde sabemos⁵, adscrito a la lectura

freudiana del caso (Ferenczi 1911a, 1911b), cuya patología psicótica grave se remite solo a causas intrapsíquicas con exclusión de cualquier influencia externa, y se remonta a un amor homosexual original del hijo por el padre.

Mucho antes de eso, muchos ensayos psicoanalíticos sobre el tema destacaron tanto la seria psicopatología⁶ sufrida por el padre del autor de “*Memorias de un Enfermo de Nervios*”, así como sus peculiares opiniones en el campo pedagógico que tuvieron severos efectos psicóticos en el desarrollo de los tres hijos, Ferenczi. a través del descubrimiento de fenómenos tales como “trasplantes extraños” (1932b, p. 148), la “intropresión” (1920-1932, 26 de diciembre de 1962, p. 264) y la “introyección del agresor” (1932a, p. 96), había colocado bases científicas muy sólidas para la lectura de fenómenos paranoides como productos de relaciones intrusivas y destructivas precoces, incluso si la investigación posterior sobre el caso Schreber nunca le reconoció la paternidad de muchas intuiciones fundamentales.

Un Schreber contemporáneo

Marco es un joven de veintitrés años que me ha sido derivado debido a perturbaciones de carácter persecutorio en los contenidos del pensamiento. Asiste con éxito a la Facultad de Economía y Comercio y juega al tenis a niveles competitivos. Su vida de relación es suficientemente rica: tiene muchos amigos y una chica con la que tiene una relación satisfactoria y sexualmente activa.

Me cuenta que se encuentra fuertemente perturbado por las ideas persecutorias que lo angustian: durante los partidos de tenis a menudo lo sorprende el temor de que una fuerza externa lo obligue a desviar el balón en direcciones no deseadas, mientras que está constantemente preocupado por la idea de que un niño de unos siete años, su vecino, pueda matarlo. Esta fantasía lo acompaña regularmente después de cada encuentro sexual con su novia. Además, a menudo se siente perturbado por la idea de que le puedan leer el pensamiento.

Marco tiene dos hermanos que practican tenis a nivel competitivo y también participan en torneos nacionales. Los tres hermanos han sido iniciados en el deporte por la voluntad persistente y generalizada de su padre, un profesional que sufre de dificultades para controlar los impulsos y una grave patología narcisista, que no habiendo logrado alcanzar sus sueños de éxitos sobre el campo de juego, ha hecho de la carrera competitiva de los hijos una verdadera obsesión.

Los padres de Marco están separados desde hace algunos años. La madre, una profesora universitaria, me dijo que había aceptado casarse a pesar de su propia perplejidad con relación a su futuro marido, que tenía comportamientos extraños acompañado de explosiones de agresividad. A pesar de las dudas, la mujer no creía poder retirarse del matrimonio, desde el momento en que la primera relación sexual ya había sido consumada.

La evaluación anamnésica sobre la familia muestra que, desde el matrimonio, su esposo sentía mucha envidia por los logros universitarios de su esposa, tratando repetidamente de disuadirla de seguir su carrera. Después del nacimiento de Marco, el primogénito, el hombre muestra una fuerte ansiedad por la exclusión de la diada, simulando supervisar la lactancia materna para no permanecer excluido: debía ser él quien llevara al niño al pezón, simulando un juego de transporte “aéreo” llamado precisamente “el avión de la papa”. En una ocasión, durante un ataque de ira, el padre habría hecho un gesto de *baby-shaking*, que no terminó dramáticamente por la oportuna intervención de su esposa.

Frente a las pequeñas dificultades de desarrollo (rechazo del chupete en favor de la succión del pulgar), el padre se mostraba ansioso y excesivamente normativo. Siguiendo las recomendaciones de un pediatra que aconsejó no ser demasiado condescendiente con el niño cuando lloraba sin razón aparente, el padre le prohibió a su esposa que lo recogiera, dejándolo llorar hasta la exasperación.

La voluntad del padre de imponer y planificar la carrera de tenis de sus hijos fue absoluta y generalizada, hasta el punto de que, en la primera sesión, Marco me cuenta el contenido de un libro que acababa de leer: la autobiografía del gran campeón André Agassi, que en el libro confiesa “odiar” el deporte que le dio fama y riqueza, debido al severo hostigamiento que sufrió cuando era niño por parte de su padre, que pretendía convertirlo en un gran campeón.

Marco y sus hermanos se iniciaron en la carrera de tenis a través de una costosa capacitación con maestros experimentados en la preparación de futuros campeones.

En la época de la separación matrimonial, el padre, preocupado por las consecuencias financieras de la nueva estructura familiar, decidió unilateralmente que el adiestramiento de Marco debería ser reducido a un nivel menos costoso, mientras que el de sus hermanos se mantendría invariable.

De esta manera, la perspectiva de la carrera deportiva de Marco se redirigió hacia un tipo de preparación adecuada para comenzar a convertirlo en un profesor de tenis en lugar de que siguiera en las altas competiciones, y se produjo en él una posterior frustración en el nivel de su autoestima.

Durante su primera infancia, Marco fue sometido a complejos rituales, dependiendo de las necesidades emocionales particulares de su padre: cada vez que la familia se encontraba con amigos, el padre obligaba al niño a realizar “tiros a la canasta”, mientras que todas las noches, antes de dormir, se veía obligado a hacer una serie de clavados desde una escalera para aterrizar en la cama.

Prescripciones igualmente “urgentes” e indispensables continuaron durante la adolescencia de los hijos, a menudo seguidas por interminables monólogos, gracias a los cuales el padre obtuvo una obediencia mal tolerada de parte de ellos.

Hoy, Marco presenta ideas paranoicas de las cuales es evidente, en filigrana, la huella de las prescripciones anormales paternas,

Los síntomas son totalmente atribuibles al deseo de control generalizado que el padre nunca ha dejado de ejercer sobre los hijos, un acto intropresivo que se ha convertido en introyección. El de Marco es, por lo tanto, una paranoia que no tiene nada de endógeno, ya que reproduce la relación de sumisión a una autoridad misteriosa y elusiva, como ciertamente lo ha sido la figura paterna desde una época anterior a la adquisición del lenguaje, y antes, por lo tanto, de la “pensabilidad” de la experiencia relacional.

Intropresión e introyección del agresor.

Si pensamos en la naturaleza de la relación intropresiva, que introduce a la fuerza contenidos destructivos en la mente del partner más débil, consideramos la identificación con el agresor (Ferenczi 1932a, p. 96) como un fenómeno-puente entre la identificación y la introyección.

“En la literatura psicoanalítica, -escribe Nicholas Abraham-, existe una cierta confusión entre la introyección y la identificación. Este último participa en el proceso del primero, pero los dos mecanismos no deben confundirse. El resultado de la introyección es una relación con un objeto interno, mientras que el de identificación es una designación del lugar en el que el sujeto ha elegido temporalmente su domicilio” (Abraham N. 1987, p.132).

En el caso de las experiencias traumáticas, la identificación y la introyección del agresor parecen ser dos fenómenos destinados a alternarse. Es probable que la primera instancia, de tipo identificación proyectiva, esté destinada a entrar “dentro” de la voluntad del agresor, y que la segunda tenga éxito al fracasar el intento de controlarlo por medio de la identificación.

En un caso clínico descrito por mí en otro lugar (Guasto, 2009), un paciente masculino, hoy treintañero, que durante su infancia fue fuertemente abusado por su madre que alternaba actitudes seductoras y enfoques explícitamente eróticos con terribles estallidos de rabia y agresividad, se puede ver claramente la presencia de fenómenos graves de “incorporación”⁷ del objeto materno, porque el paciente, a quien yo llamo Edoardo, muy joven y muy cortejado por las mujeres, sufre de angustias terribles cuando tiene que enfrentar relaciones sexuales, porque no puede prescindir de “ver” no solo en la pareja sino también en sí mismo (en sus propias manos, en su propia voz) el cuerpo material de la madre.

Respecto a este mismo caso, en el artículo antes mencionado escribí:

“Un día, Edoardo, después de haberme contado con gran angustia, haber tenido la necesidad de gritar a sus padres “Te mato”, me refiere este recuerdo: su madre, cuando era muy joven, tuvo de repentines crisis muy violentas, durante las cuales se tiraba del cabello y gritaba “Los mato” a él y a su hermana. Agrega, entre muchas expresiones de vergüenza, el hecho de que, durante esa época, trataba de imitar las crisis de su madre en el espejo” (Guasto 2009, p. 110).

Reflexionando sobre esta experiencia del paciente, ya en el citado artículo formulé la hipótesis de que esas imitaciones en el espejo eran “intentos de identificación” a través de los cuales, poniéndose en el lugar de la madre, Edoardo intentaba “gobernar” las temidas *muecas*.

Por lo tanto, podemos imaginar que este intento de control omnipotente del agresor, que parece representar un compromiso entre una solución aloplástica y una solución autoplástica (el sujeto se mueve dentro del otro para modificarlo), falla debido a la disparidad de las fuerzas con las que el Yo, o lo que queda de él, se ve obligado a confrontar. Por lo tanto, aquello que originalmente pretendía ser una proyección se convierte en una introyección.

Experiencia extrema y regresión “filogenética”.

Lo descrito hasta ahora son solo etapas intermedias de un proceso que puede evolucionar en varias direcciones, la más afortunada de las cuales permite la preservación del Ser, que por ello resultará marcada por profundas cicatrices.

Las reacciones a la agresión mortal varían con el tiempo, ya que las defensas específicas de la especie son menos como resultado del agotamiento muscular debido a la sobrecarga, que debida a las condiciones de resistencia extrema que recuerdan las defensas arcaicas incluso en el plano filogenético. En tales etapas primitivas, la materia orgánica se reapropiaría, según Ferenczi, por fuerzas psíquicas que en tiempos antiguos hubieron estado disponibles.

En el *Diario Clínico*, de hecho, se lee: “En momentos de gran dificultad, para los cuales el sistema psíquico no está preparado, o en presencia de una destrucción grave de órganos particulares (nerviosos o psíquicos) o de sus funciones, se despiertan las fuerzas psíquicas primitivas. Intentan tomar el control de la situación interrumpida. En los momentos en que el sistema psíquico falla, el cuerpo comienza a pensar “. (Ferenczi 1932b, p. 52).

En estas condiciones, la regresión de los psiquismos especializados hacia las fuerzas psíquicas primarias (es decir, hacia la actividad psíquica redescubierta de las estructuras biológicas que en las condiciones normales nos faltan) intervienen cuando se produce la renuncia total al control externo en favor de la adaptación interna, haciéndose así posible “también el reconciliarse con la destrucción del Yo, esto es con la muerte, como una forma de adaptación” (ibid., 54), con el efecto de un alivio liberador. En tales casos, la renuncia a la autoconservación podría ser sostenida por el anhelo de “un estado de equilibrio superior, quizás universal,” (ibid.).

Orpha, lo irreducible.

Pero antes de renunciar a la autoconservación, el cuerpo todavía tiene muchos recursos para utilizar.

Si el proceso de escisión y fragmentación pasa por la pérdida o el abandono del pensamiento consciente, sobre sus cenizas emergen los instintos de organización vitales, que en el curso del análisis del paciente R.N. Ellos toman el nombre conocido de Orpha.

Orpha asume primero que nada la tarea de “reemplazar la muerte por la locura” (Ferenczi 1932b, p. 55). La locura se convierte así en una solución conservadora.

En el caso de R.N. (Elizabeth Severn) el trauma ocurrió tres veces, con descargas repetidas años más tarde.

Después del segundo de estos episodios, cuyo resultado es la desintegración de la individualidad, la

persona se divide en tres fragmentos:

“Un ser que sufre de una manera puramente psíquica en su inconsciente, el (ser) propiamente dicho, de quien el Yo que vigila no sabe nada. ...

[...] “Un ser singular, para quien la conservación de la vida tiene una importancia *coûte que coûte*” (Orpha).

[...] “Una tercera parte sin alma de la persona, es decir, el cuerpo ahora sin alma, y cuya mutilación no es en absoluto percibida, o es considerada como algo que le ha ocurrido a otro ser, mirado desde afuera”. (Ferenczi 1932b, p. 56, *passim*).

Y, también: “En la necesidad extrema, escribe Ferenczi, nace en nosotros un ángel guardián que usa nuestras fuerzas físicas de una manera mejor de lo que somos capaces de hacer en la vida ordinaria” (Ferenczi 1932b, 178). “[...] Se compone de fragmentos de la personalidad psíquica, de fragmentos del afecto de la autoconservación” (ibid., p. 178).

Según Nancy Smith, Orpha es, para Ferenczi, “inteligencia pura que preserva la vida” al separarse del Yo y convertirse en una especie de protector modelado en las partes de la personalidad del sujeto. Es decir, en esencia, “inteligencia inconsciente privada de afectos” (Smith 1999, p.113).

Astra, lo trascendente

En la teogonía imaginaria que surge del encuentro entre las mentes de Ferenczi y su paciente R. N., junto a Thanatos y Orpha, las dos deidades chthonicas luchadoras, se agrega una tercera figura, esta vez estelar: es decir, Astra, que podríamos llamar “la trascendente”.

Ante el miedo a la muerte, la amenaza extrema no es aquella de la pérdida de vidas tal como la conocemos, sino, obviamente, de la extinción definitiva del Yo, la disolución de la subjetividad.

Si las progresiva soluciones de autoanulación que el sujeto persigue mientras está en presencia del fin de su propia existencia, son la adaptación, la renuncia a la unidad del Yo, e incluso los fragmentos del mismo que se dispersan en favor de un solo elemento vital que sobrevive, es evidente que aquello que el sujeto quiere preservar a toda costa es su propia subjetividad: una perspectiva que ciertamente no es nueva, patrimonio de todas las religiones y filosofías que anuncian la supervivencia del alma.

Pero la muerte existe, y la duda insoportable de que todo lo que está en nuestra mente ya no será más y al mismo tiempo, impensable y presente para la conciencia.

Frente a la definitiva necesidad de capitular ante Thanatos lo irresistible, en el análisis de R.N., aparece una última y extrema vía de escape, que Ferenczi describe como un “tercer tipo de fragmentación”:

“La mente, pasando a través de un agujero, sale de la cabeza y va al universo, donde a gran distancia emana luz como una estrella” (Ferenczi 1932b, p.311).

Se trataría, agrega Ferenczi, de “una clarividencia que supera al agresor y abarca todo el universo, tanto como para poder captar la génesis de tal monstruosidad” (ibid., Pág. 311). [...] “Una parte de la personalidad, bajo la presión del choque, abandona las esferas egoístas de la existencia terrenal y se vuelve omnisciente. Este fragmento omnisciente, gracias a la distancia y el brillo, puede contribuir al conocimiento de todas las conexiones, por lo que brinda ayuda incluso cuando todo parece perdido y sin esperanza “(ibid., pp. 311-312).

Por último, el autor agrega: “los sentimientos también están presentes en el fragmento astral” (ibid., p. 312), como prueba del hecho de que es la subjetividad la que quiere seguir viva, aunque al precio de entrar en la locura.

Epílogo: El analista mira su propia muerte (no ve su propia vida).

Las consideraciones anteriores se escribieron el 17 de agosto de 1932, quince días antes de la fatídica reunión en la casa de Freud, durante la cual se produjo la ruptura casi definitiva entre ellos dos, y a pocas semanas del Congreso de Wiesbaden que Ferenczi abandonaría después de haber leído, contra la voluntad de Freud y del estado mayor de la API, su ensayo “La confusión de lenguas”.

Después de la partida, Ferenczi realizará un viaje al sur de Francia que, de hecho, será un “viaje de cama a cama” (Freud-Ferenczi 2000, Fer 1227, p. 504), debido a la enfermedad, tal vez latente durante meses, y que literalmente explotó después de la crisis de Wiesbaden. La anemia perniciosa que lo llevará a la muerte el 22 de mayo de 1933 se cuenta en el Diario Clínico (Ferenczi 1932b, p. 319), ya que “la crisis de la sangre” ocurrió en el momento -escribe- “en el que entendí que no podía contar con la protección de un poder superior, sino que, *por el contrario*⁸, había sido pisoteado por este poder indiferente tan pronto como fui por mi camino y no por el suyo “.

“La comprensión a la que me ha hecho acceder esta experiencia es que no fui valiente (y productivo) sino en tanto me apoyé (inconscientemente) sobre otra potencia, y que, en consecuencia, jamás he sido “adulto””.

[...] “¿La “identificación” con la potencia superior, la repentina “formación del Superyó”, es el apoyo que me preservó en otro tiempo de la descomposición definitiva? ¿Es que la única posibilidad de seguir existiendo es abandonar la mayor parte del propio yo para ejecutar plenamente la voluntad de esta potencia superior (como si fuera propia)?

¿Y así como ahora debo reconstituir nuevos glóbulos rojos, debo (si puedo) crearme una nueva base de personalidad y abandonar como falsa y poco confiable la que tenía hasta ahora? ¿Tengo aquí la elección entre morir y “reacomodarme” -esto a la edad de cincuenta y nueve años? (Ibid., pp. 319-320).

Leer estas líneas continúa suscitando pesar por la condición humana de quien, en un momento extremo, muestra que había perdido el sentido de su propia grandeza nunca plenamente consciente, que consistía en que una parte humillada de él mismo consideraba sus propias riquezas, pecado de soberbia y defectos propios.

En: Borgogno F. (a cura di), *Rileggere Ferenczi Oggi. Contributi Italiani*, Roma: Edizioni Borla 2015. ISBN 978-88-263-1905-6.

Volver a Artículos sobre Ferenczi
Volver a Newsletter-9

BIBLIOGRAFÍA

- Abraham N. (1987) Le “crime” de l’introjection. Conversation, in: Abraham N., Török M., L’Ecorce et le noyau, Paris, Flammarion, 1978, pp. 123-131 [tr. it.: Il “crimine” dell’introiezione. Conversazione, in Abraham N. e Török M., *La Scorza e il Nocciolo*, Borla, Roma 1993].
- Accerboni Pavanello A. M. (2001), Gli “Entwicklungsziele der Psychoanalyse”: una svolta cruciale nella storia dell’interazione tra teoria e tecnica in psicoanalisi, in Bonomi C. e Borgogno F. (a cura di), *La Catastrofe e i suoi Simboli*. UTET, Torino 2001.
- Andreas-Salomé L. (1958), *In der Schule bei Freud*, Max Niehans Verlag A. G. Zurich (trad. it.: *I miei anni con Freud. Diario 1912-1913*, a cura di Ernst Pfeiffer. Newton Compton, Roma 1977).
- Barande I. (1975), *Sándor Ferenczi*, Petite Bibliothèque Payot, Paris.
- Baumeyer F. (1956), The Schreber Case, *Int. J. Psychoanal.*, vol. 37, pp. 61-74.

- Borgogno (1999), *Psicoanalisi come Percorso*, Bollati Boringhieri, Torino
- _____ (1999a), Sul “Diario Clinico”: paura di soffrire e terrorismo della sofferenza. In: Borgogno (1999), pp. 203-215.
- _____ (1999b), (a cura di), *La partecipazione affettiva dell’analista. Il contributo di Sándor Ferenczi al pensiero psicoanalitico contemporaneo*, Angeli, Milano.
- Bowlby, J. (1988). *A secure base*. London, Routledge. [trad. it: “Una base sicura. Applicazioni cliniche della teoria dell’attaccamento”, Cortina, Milano, 1989].
- Ferenczi S., Groddeck G. (1982, 2002), *Correspondence*, by Christopher Fortune (ed.), Open Gate Press, London.
- Ferenczi S., Rank O. (1924), *Prospettive di Sviluppo della Psicoanalisi*, in: Ferenczi S., *Opere*, vol. III, (pp. 201-216). Raffaello Cortina, Milano 1992.
- Ferenczi S. (1911a), *Stimolazione della zona erogena anale come causa scatenante della paranoia (Contributo al tema dei rapporti tra omosessualità e paranoia)*. In: *Opere*, vol. I, pp. 128-131. Raffaello Cortina, Milano 1989.
- _____ (1911b), *Il ruolo dell’omosessualità nella patogenesi della paranoia*. In: *Opere*, vol. I, (pp. 154-170). Raffaello Cortina, Milano 1989.
- _____ (1920-1932), *Note e Frammenti*, in In: *Opere*, vol. IV, pp. 220-264, Raffaello Cortina, Milano 2002.
- _____ (1924), *Thalassa. Saggio sulla teoria della genitalità*. In: *Opere*, vol. III, (pp. 230 - 302). Raffaello Cortina, Milano 1992.
- _____ (1929), *Il bambino mal accolto e la sua pulsione di morte*, in: *Opere*, vol. IV, (pp. 45-49), Cortina, Milano 2002.
- _____ (1932a), *La confusione delle lingue fra gli adulti e il bambino. Il linguaggio della tenerezza e il linguaggio della passione*, in: *Opere*, vol. IV (pp. 91-100), Cortina, Milano 2002.
- _____ (1932b), *Diario Clinico. Gennaio-Ottobre 1932*. Raffaello Cortina, Milano 1988.
- _____ (1934, 1994), *Riflessioni sul trauma. 1. Psicologia della commozione psichica*. In: *Opere*, vol. IV, pp. 101-103, Milano: Raffaello Cortina, 2002).
- Per le opere di Sigmund Freud si fa riferimento all’edizione Boringhieri delle *Opere*, in 12 volumi.
- Freud S. (1911) *Osservazioni psicoanalitiche su un caso di paranoia (dementia paranoides) descritto autobiograficamente (Caso clinico del Presidente Schreber)*, vol. 6
- _____ (1914), *Introduzione al Narcisismo*, vol. 7.
- _____ (1920), *Al di là del Principio del Piacere*, vol. 9
- Freud S., Ferenczi S. (2000), *Correspondance Tome III 1920-1933. Les années douloureuses*. Calmann-Levy, Paris.
- Guasto G. (2009) *Bambini mal accolti e poppanti saggi*, *Quad. Psicoter. Inf.* 57/2, Borla, Roma.
- Guasto G. (2013): *Trauma and the loss of basic trust*, *Int. Forum Psychoanal.*, 23, 2014, 1. DOI:10.1080/0803706X.2012.762551
- Hinshelwood R. (1994), *Dizionario di Psicoanalisi Kleiniana*, edizione italiana a cura di F. Borgogno, Cortina, Milano.
- Jiménez Avello, J. (2006), *La Isla de Sueños de Sándor Ferenczi. Nada más que pulsión de vida*, Biblioteca Nueva, Madrid, 2006.
- Jiménez Avello, J. (2012) *With Ferenczi, The Contemporary Psychoanalyst is Other*, *The Am. J. Psychoanal.* 72, 3-15 (8 March 2012) doi:10.1057/ajp.2011.44.
- Levi P. (1986), *I Sommersi e I Salvati*. Einaudi, Torino.
- Smith, N. (1999), “Orpha Reviving”: *Toward an Honorable Recognition of Elizabeth Severn* *Int. Forum Psychoanal.*, 01/1998; 7(4):241-246. DOI:10.1080/080370698436745 [tr. it.: *Orpha rivive: verso un lodevole riconoscimento*, in Borgogno F., 1999b].
- Török M. (1978), *Maladie du deuil et fantasme de “cadavre exquis”*, *Revue Française de Psychanalyse*, 1968, n°4. (tr. it.: *Malattia del lutto e fantasma del “cadavre exquis”*, in Abraham N. e Török M. (1987), *La Scorza e il Nocciolo*, Borla, Roma 1993.

Notas al Final

- 1.- El uso de la condición es obligatorio aquí porque las controversias sobre la idea de que tiene manifestaciones clínicas han sido amargas e importantes, sobre todo entre autores como Otto Kernberg y Herbert Rosenfeld (Cf. Hinshelwood 1994, pp. 474-479).
- 2.- Esto nos recuerda el hecho de que en el Diario Clínico (Ferenczi 1932b), escrito veinte años más tarde, en ocasiones aparece frases escasas y abreviadas, o escribe en inglés, como si se hablara en voz baja.
- 3.- En inglés en el original. Judith Dupont, fecha desconocida: “Les notes breves inédites de Sándor Ferenczi”, en *Le Coq-Héron*, n. 149, 1998.
- 4.- En la carta dirigida a Groddeck el día de Navidad de 1921, Ferenczi relata: “Durante nuestra primera noche de trabajo en Palermo, cuando quiso trabajar conmigo en el famoso ensayo sobre la paranoia (Schreber) y comenzó a dictarme algo, tuve un repentino ataque de rebelión, exclamando que el dictado no funcionaba en conjunto. “Así que eres así”, le preguntó, sorprendido. “¡El, por supuesto, quiere todo para sí!” Dicho esto, trabajaba todas las noches solo, mientras yo me quedaba con una frialdad amarga que se apoderó de mi garganta”. (Ferenczi Groddeck 1982 2002, pp. 8-9 mi traducción).
- 5.- A la luz de lo que Ferenczi habría escrito veinte años más tarde sobre el tema de la educación “intropresiva” y la “introyección del agresor”, es legítimo preguntarse si, bajo ese gesto repentino de rebelión, ya existe algún tipo de disidencia. mérito, así como en el método de redacción del caso Schreber.
- 6.- Según F. Baumeyer (1956), el padre de Schreber sufrió ideas obsesivas con impulsos homicidas (noticia derivada de la anamnesis presente en la carpeta clínica del hijo).
- 7.- en el sentido de que esta palabra se atribuye a Maria Török (1968 1987, p.29).
- 8.- En cursiva en el texto.